

# RECUERDOS DE TREINTA Y TRES PEDRO LEANDRO IPUCHE



Pedro Leandro Ipuche.

ESTE recuerdo me nació una oscura mañana lluviosa del invierno de 1932, en un banco de la escuelita rural N° 10. Castigaba la garúa fría contra el zinc y los vidrios. El viento se quejaba como una criatura, al despedazarse contra las paredes de granito. Chorrea el agua por todas partes. Tiritaban animales y plantas. Mojada y gris, opaca, seria y muda hasta la desolación, la sierra toda parecía un gigantesco escenario de piedra y pesadumbre, levantado entre el horizonte y los dos arroyitos epónimos.

Visto desde cierta distancia, sobre la cúspide del cerro más alto del lugar, el salón de clase tenía todas las apariencias de un barco fantasma anclado en medio de la bruma. Visto desde adentro, el barco aparecía apenas tripulado por una escasa docena de "marineros" perdidos entre la doble fila de bancos y una "capitana" haciendo equilibrios para no dormirse sobre el pupitre. Nada más indicado para obligar a un gurí a leer en la escuela, que un invierno algo riguroso. A fuerza de aburrimiento, lo obliga. Es justamente a dos o tres de esos inviernos, que yo puedo agradecer mis primeros contactos con la literatura nacional. Y es a éste que estoy evocando, que debo mi encuentro con Pedro Leandro Ipuche.

"Fernanda Soto" recién había ocupado su lugar en la biblioteka negra que recortaba el ángulo noroeste del salón. Libro flaco pero alto, sobresalía varios centímetros por encima de sus compañeros de fila en el estante. Un ancho recuadro rojo resaltaba sobre la tapa, la campechana imagen en negro de la "vieja sorda", tomando mate con un cuzco a los pies y un pajarraco al hombro.

—Vos mismito...

Le dije yo; y tratando de disimular halazgo y regocijo, me deslicé hacia el último banco, a saboreármelos solito. Coloqué el libro sobre la mesa, me senté lo más desparramadamente que me pidió el cuerpo, me apoyé sobre los brazos cruzados y me puse a mirar mi descubrimiento. Nuevito, era. Precioso el marco rojo sobre el fondo blanco. El "Pedro Leandro Ipuche" de allá arriba contrastaba por lo chiquito con el "Fernanda Soto" de más abajo que, a lo largo y de tan grande, cortaba el marco a lo ancho. Me estuve así, más de veinte minutos alabándole paciencia y cachaza a aquella mujer vieja que lo más "suelta de cuerpo", tomaba su mate entre semejantes bichos: nada menos —según mi personal interpretación del grabado de Antonio Pena— que un cuzco barbilla "más feo que pegarle a dios", y una lechuza grandota con cara de "cristiano". Cuando leyendo el libro, supe que la del hombro no era una lechuza sino cotorra, me sentí refrescar de contento. Pero me dejó en seguida "contra el suelo", la noticia de que el cuzco barbilla no era cuzco ni barbilla sino una perra pelada de esas que dan asco de sólo oírlas ladrar, ¡cuánto más de sentirles el contacto!... ¡cuánto más tomando mate dulce!...

Por allá abajo, "Montevideo". Y ya interrumpiendo el lado inferior del marco,

un "canto que iluminó mi infancia", yo que sabía bien que lo único que iluminaba era la luz. O "con silencio y palabra de cal", allí donde justamente la cal salía de la piedra que, arrancada en nuestro campo, quemaban la vieja calera de Núñez y la de Anselmo Lugo!

Las nuevas ilustraciones de Pena — una mujer con un niño en la falda (Juanita y Perucho) y la vieja Fernanda entrando a la casa de Ipuche — me tuvieron otro rato cavilando.

Del Capítulo I me quedó el cielito, que después le robé a don Pedro en un billete para una ingrata:

*Cielo, cielito,  
cielito y llanto:  
no puede ser feliz  
quien pena tanto.*

Y otra cosa, me quedó: la envidia por el gurí que acompañaba con la guitarra el canto de la vieja. Envidia que volví a sentir después — muchos años después — cuando supe lo que era una guitarra en manos del que había sido aquel gurí, que se llamaba Pichón Ipuche. Sabiendo ya, por entonces, lo que era, además, la amistad sencilla y llana de aquel hombre, a la que me arrojé la no menos clara y pura de sus hijos, compañeros de banco y de aventuras.

Del Capítulo II me impresionó el retrato de doña Fernanda y me hizo reír con ganas el lestino de una bombillita que había sido del General Lavalleja, petisa como su dueño.

Del III me gustó una descripción del Treinta y Tres de cincuenta y pico de años atrás, y una preciosa pelea de gurises: Ipuche con un tataranieta de la vieja, llamado "Muleque", que al lado del autor "parecía un tatú cerca de una garza". Pues el tatú le dio a la garza una bárbara movida.

En el IV me quedé cismando con estampa y costumbres de Juan Lima, compañero y medio peón de la vieja. Pero lo que no tuvo desperdicio para mí, fue el contrato vitalicio de doña Fernanda con un tal viejo Medeiros, por el cual éste la surtía de carne y almacén en vida, a cambio de una chacrita "en muerte". Los dos cumplieron; pero la vieja "le" vivió al otro, nada menos que ciento cinco años.

\*

Un lejano campanilleo venido desde allá del pupitre, me sacó del rancho de doña Fernanda y me devolvió otra vez tripulante del barco anclado en medio de la niebla y sacudido por el azote del vendaval. Era la hora de salida. Me acerqué a la maestra y le pedí:

—¿Me deja llevarme esta vieja a casa, señorita?

—¿Qué vieja, muchacho?!

Se la presenté:

—Fernanda Soto de Ipuche.

Quedó mordiendo la risa.

Llegué a casa empapado; pero con el cartapacio sequito bajo los cojinillos. Esa noche me acosté temprano y me engullí el resto de doña Fernanda.

Me entusiasmó la "carnavaliada", y no creí en la intoxicación con pepitas de durazno del Capítulo V, pues las seguí comiendo.

Me asustó el tremendo castigo de la vieja al hijo de barbas blancas — por el delito de dejarse sorprender fumando, por la madre — a zapatón limpio sobre la boca bigotada pero pecadora del Capítulo VI.

Del VII me quedó grabado aquel viaje de medio legua un día entero, de la vieja a la chacrita, sobre el petiso mañero. Un cuadro de ocaso; lento, suave, resignado...

Eso sí, lo que no podré olvidar nunca, es el velorio de doña Fernanda, en el VIII y último Capítulo. Un velorio que "fue tan apacible que hacía bien. Nadie lloraba. Era un renacer. Pasaban los mates por entre las manos como urnas ardientes de libaciones íntimas". No podré olvidar los abrazos del "Muleque". Ni el "así es la vida... Tarde o temprano todos nos iremos" de don Juan Lima. No podré olvidarme, en fin, de las tribulaciones de un pobre gurisito llamado Pedro Leandro Ipuche, que allá frente al cadáver — "ensartado con unas cuantas personas taciturnas" — cismaba con el enigma de una vieja ofensa que le había inferido en vida la contancia recién muerta.

más grotesca del misterio. Una miniatura colocada por Ipuche como al descuido, sobre fondo tétrico. Siempre comparé la cara que yo le imaginaba a aquel pobre gurí, con la de un ternero huérfano entreverado por casualidad en uno de esos bárbaros "velorios vacunos", en los que el ganado adulto, entre bramidos que estremecen hasta las piedras, suele despedir el cuerpo de algún compañero caído en medio de las soledades del campo.

Al año y poco de haberme trasladado a Treinta y Tres del Olimar, empezó a sonar la aparición de "Isla Patrulla". Conocía la "capital" de la quinta sección como a mis propias manos. Antes de vivir entre "yerbapolitos", yo había vivido entre "avestruces". Tenía sabor familiar para mí aquel nombre. A él se sumó el recuerdo del autor de la "Vieja Sorda". Lástima que ahora, cuando empieza a agrandarse este recuerdo de Pedro Leandro Ipuche, comienza a achicarse el espacio disponible para dedicarle. No es posible desmenuzar "Isla Patrulla" de cabo a rabo. Sólo es posible resumirle el jugo del que yo me nutrí leyéndolo. Jugo nutricional que se juntó al que ya andaba por mi sangre de algunos libros de Acevedo Díaz, Javier de Viana, Fernán Silva Valdés, Montiel Ballesteros y otros que podrían "pescarse" en la biblioteka de mi escuela, defendiéndome contra el ataque europeísta de programas y métodos y la arremetida de cierta criollofobia juvenil a la moda, durante mis cursos secundarios de Literatura.

Ello sin despreciar la ayuda de una tendencia rinconera que traía yo de a caballo, tranquear entre los términos mentiras y mentir a la orilla del faro a los corcovos y cantar alguna canción medio lagrimeando.

Pero la verdad es que "Isla Patrulla" entonces para mí, la revelación de una cosa importantísima para mí, que aquel mundo chico — al cual, quitito, trivial, doméstico, gastado por de todos los días y todas las horas — niñez, yo jamás hubiese considerado ni de una composición escolar —, debía de guardar tras aquel cascarón como para merecer el honor de un romance o de un "romance en prosa" para gusto a Ipuche.

Sinceramente me hizo gracia, en principio, encontrarme allí con seres, lugares con los que yo me había de "ché" desde antes de mudar de casa. La misma gracia que sin duda me haberle producido a más de un lector la primera edición del Quijote, encontrando pronto con algún caminito de la vida que transitó correteando mariposas un nombre que aprendió a pronunciar, o una frase que escuchó en la escuela, o con un rostro que contempló la falda de la madre...

Gracia fue que con "Isla Patrulla" me enseñó a concebir como "universalidad" un par de tamaños "dores" y de un "medio rial" de y

Pedro Leandro Ipuche

FERNANDA SOTO



MONTEVIDEO